

EMMA ROIG

De Elizabeth Taylor a Jackie O. De amatistas malditas a diamantes del tamaño de una castaña. Todo lo que brilla cuenta una historia de la mujer que lo luce.

Por sus Joyas la Reconocerás

Entre las medallas que **Elizabeth Taylor** llevaba colgadas en su brazalete de amuletos figuraban, además de las de los nombres de sus hijos, un corazón dedicado por su peluquero y un colgante que le regaló su chófer. Las joyas, el servicio, los hijos y el peluquero. ¡Eso son principios! Y más seguros que poner el nombre de cualquiera de sus siete maridos. Sobre joyas Liz se sentía muy segura de sí misma. Cuando la princesa **Margarita de Inglaterra** dijo de uno de sus diamantes que era tan grande que resultaba "vulgar", se lo ofreció para que se lo probara y concluyó: "Ahora ya no es tan vulgar".

El legendario pope de la bisutería, Kenneth Jay Lane, me contaba que su amiga **Jackie O.** le pidió que le copiara uno de sus collares de diamantes en bisutería. Cuando le dio a elegir pagar el coste del molde o permitir a Lane incluirlo en su colección, Jackie se decidió por lo último. "Un día me llamó y me dijo: 'Kenny, acabo de ver mi collar en la serie *Dinastía*'", recuerda Lane imitando la voz suave y terroríficamente lánguida de la primera dama estadounidense. Imagino la cara de horror de Jackie al descubrir a **Joan Collins** o a la anodina **Linda Evans** con su collar puesto. Quizás por ello Lane nunca la volvió a ver luciendo ni el real ni el de bisutería, aunque cuando murió el falso se subastó por 90.000 dólares.

Lane, entre cuyas clientas estaba la **duquesa de Windsor**, cree que la ventaja de las joyas es que cuando una es bella resaltan la belleza y cuando no, distraen de la fealdad.

En cuanto a joyas, una jamás debe fiarse de las amigas. Una conocida comentó en un almuerzo que una dama saudí le acababa de regalar una amatista de 50 kilates. Su mejor amiga la convenció de que la mala suerte se apoderaría de ella y su familia porque las amatistas eran conocidas por atraer terribles desgracias. Asustada, la envolvió en un periódico y la tiró a la basura. Una semana más tarde volvió a comentar con su amiga la superstición y ella le dijo: "¿Dije amatistas? No son las amatistas las que traen mala suerte. ¡Son los ópalos!". Nadie está seguro de haber visto a esa dama con vida después de tal traspies.

A mí la verdad es que, mientras no sean robadas, cada una puede hacer con sus joyas lo que quiera, aunque algunas como una de las invitadas a una fiesta reciente en la campaña inglesa, se pasen un poco. Cuando le dije lo increíble que me parecía que estuviera tan relajada llevando al cuello un diamante del tamaño de una castaña, me lanzó una mirada irónica, entre orgullosa y coqueta, levantó los dedos índices como dos revólveres y apuntando detrás, me señaló a dos hombres: "No son camareros, querida, son mis guardaespaldas". Eso me pasa por hablar. □